

*Para la explotación en el aula de este libro,
existe un material con sugerencias didácticas y actividades
que está a disposición del profesorado en nuestra web.*

© Del texto: Pablo Aranda, 2020
© De las ilustraciones: Alejandro Villén, 2020
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2020
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Primera edición, marzo 2020

Diseño: Manuel Estrada

ISBN: 978-84-698-6650-4
Depósito legal: M-3231-2020

Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

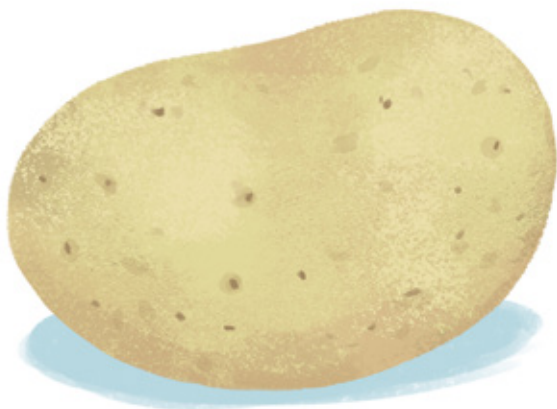
SOPA DE LIBROS

Pablo Aranda

Las gafas azules

Ilustraciones
de Alejandro Villén

ANAYA



Para Turrón, Pepe, Manuel y Lola.

1

La directora del colegio abrió la puerta de la clase y asomó la cabeza.

—¿Puedo interrumpirte un momento?
—le preguntó a la seño Ana.

—Claro. Pasa, por favor.

La directora entró acompañada de un señor muy serio con bigote y gafas. En las películas hay señores con bigote, pero en la realidad no se ven tantos. Están en peligro de extinción. Como los lince, los tigres siberianos y los osos panda. Para protegerlos, en los zoológicos deberían preparar un espacio para señores con bigote. El problema es que si una morsa tiene una cría, esta es una morsa, pero si un señor con bigote tiene una cría esta no es

un señor con bigote. Los señores con bigote se acabarán extinguiendo.

—Buenos días —saludó la directora—. Os presento a Juan Tarugo. Va a sustituir a Eva. Es vuestro nuevo profesor de Lengua.

—¿Se ha muerto la seño Eva? —preguntó Diego.

—Diego, por favor —le regañó la seño Ana—. Para hablar, levanta la mano.

Levantó la mano y repitió la pregunta.

—Cuando una profesora falta, no se debe necesariamente a que haya muerto —dijo la directora, molesta.



—¿Le duele la barriga? —preguntó María.

—El dolor de barriga no es una razón para darse de baja —sonrió la seño Ana.

—Pues mi madre no va a trabajar cuando le duele la barriga —dijo Luis.

—Ni mi padre cuando le duele la garganta —añadió Juan.

—Bueno, pues cuando un día me duela la barriga, yo también voy a faltar —bromeó la seño Ana.



—Ni se te ocurra —dijo la directora con voz de enfadada.

Fede levantó la mano y la directora le miró, cansada de que todos tuvieran que decir algo.

—¿El profesor de Lengua sabe lo que va a pasar en el futuro? —preguntó.

—¿Cómo?

—Profe Tarugo. ProfeTa Rugo. Los profetas saben lo que va a ocurrir.

10

Todos empezaron a reírse menos el señor del bigote, o sea: el profe Tarugo, que sabía algunas cosas del futuro, claro, como todo el mundo. Por ejemplo, que después de las doce de la mañana viene la una de la tarde, o que Fede iba a tener problemas para aprobar Lengua. Por listo.

De repente, el profesor se quitó las gafas. Se las acercó al bigote, abrió la boca y pareció gritar en silencio.

—¡Se va a comer las gafas! —susurró Fede.

El cristal de las gafas se empañó. Sacó un pañuelo del bolsillo y limpió los cristales. Todo el mundo permaneció en abso-

luto silencio, contemplando la ceremonia. Se colocó de nuevo las gafas y miró hacia Fede:

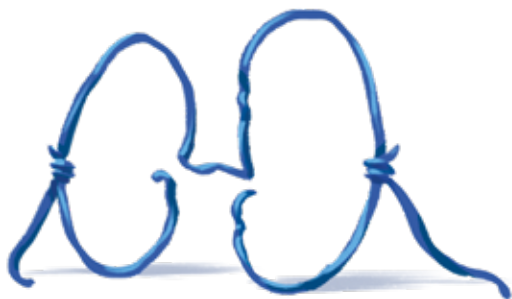
—Ese niño es muy simpático —dijo.

Pero lo dijo de una manera rara, sin decirlo. Es que no había abierto la boca al hablar. O la había abierto al otro lado del bigote. A lo mejor llevaba bigote para que nadie supiera cuándo hablaba. Si un señor con un bigote bigotudo, muy poblado, un bigote que le tapa la boca, va en un autobús y se quiere meter en la conversación de otras personas, puede hacerlo sin que nadie sepa que habla él. Puede decir que es una tontería lo que alguien ha dicho, o «menuda verruga tiene usted en la frente, señora», y nadie le regaña porque no saben que ha sido él.

Fede sintió el lápiz de Marga clavándose en su espalda. Sabía que había metido la pata y Marga también lo sabía y por eso lo llamaba con el lápiz. Se preguntó si podría hacer algo para que el profesor nuevo no se enfadase con él, tan pronto. Iba a pedir perdón, pero la directora abrió

la puerta y salió. El profe de Lengua también salió, pero justo antes de cerrar la puerta se giró y buscó a Fede con la mirada. Se llevó los dedos índices y corazón a los ojos y después señaló a Fede. Eso significaba: «me he quedado con tu cara».





A partir de 8 años

Fede tiene un nuevo profesor de Lengua con el que parece que no termina de encajar del todo. Aunque esto no le preocupa tanto como que su amigo Sergio lleve gafas a partir de ahora, o saber si una vaca con problemas de visión también debería usarlas.

